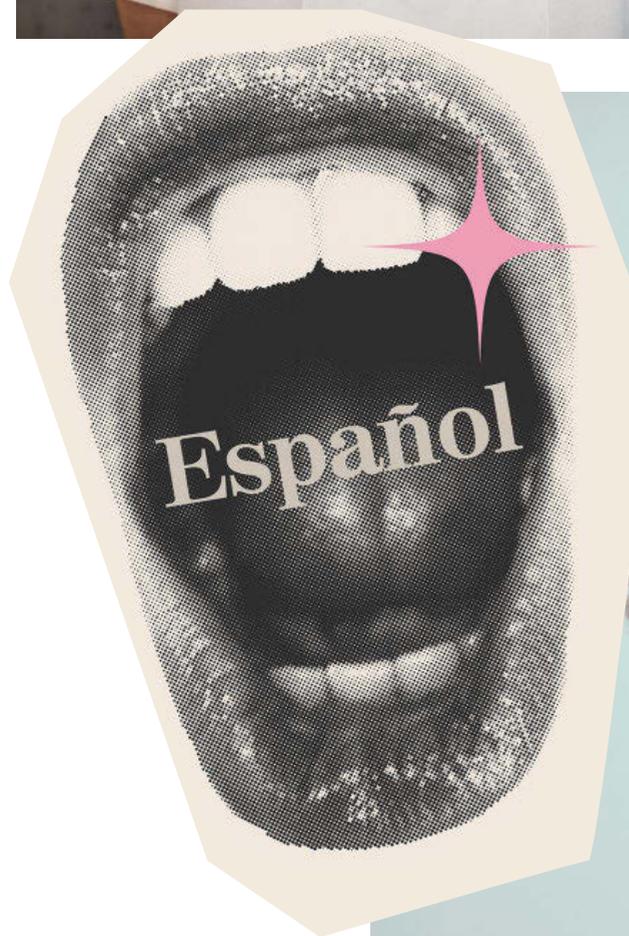


OFFENSIVO

REPORTAJE
CENSURA



DETRAS

POR ENCIMA DE TODAS LAS COSAS



Defender el biberón o la cirugía plástica parecen cosas muy distintas, pero tienen algo que las hace iguales: está prohibido hacerlo hoy, como lo está hablar del resto de temas que abordamos a continuación. Miedo nos da. POR SILVIA NIETO

Abordar este reportaje no es precisamente irse de fiesta, así que, como no le doy al masoquismo, decido desde el minuto cero encomendarme a Palas Atenea, diosa de la sabiduría, pero sobre todo a reconocidos expertos en las escabrosas materias que voy a tratar y que entre ellas solo tienen en común una cosa: si apareciesen en *Harry Potter*, todas estarían en la Sección de Libros Prohibidos de Hogwarts.

El primer sabio al que voy a interrogar me cita en su despacho del centro de Madrid, capital de España. Al llegar, casi impacto con una mujer negra que sale de la oficina. Pero resulta que no es una negra, o sí, no sé, ya que es un atleta transexual (como intuyo por su vestimenta y el dorsal a la espalda), lo que me hace pensar en las escasas posibilidades que tendrán sus contrincantes en las carreras donde participe. Pero estos pensamientos se disipan pronto, porque mi hijo de cuatro años, que he tenido que traerme a la entrevista, rompe a llorar.

Quiere que le compre un huevo Kinder, pero ya se ha zampado tres esta mañana, así que le digo que no, y como insiste en berrear cada vez más alto, le doy un cachete en el culo y lo amenazo con irse a la cama sin postre esa noche. «Como sigas así tú sí que te vas a poner gordo como un huevo de Pascua», le grito. Tal vez, pienso, la culpa de su afición por los huevos Kinder y los brazos de gitano venga de algún trauma infantil provocado por haberle dado de mamar tres días y adiós, que no estaba yo para andar con el niño todo el día enganchado a la teta. En ese momento, el transexual me saca de mis cavilaciones al dirigirse a mí en perfecto español, lo cual me sorprende, porque en realidad, me comenta, es ruso. Qué alegría, porque a mí me encanta lo ruso, ensaladilla y Putin incluidos. Y además está buenísimo; el negro/a, no Putin. Pero claro, es transexual, y yo soy mujer a rabiar. Y me gustan los hombres muy hombres, incluso si son feos como Woody Allen, mi director favorito, por cierto.

Si has llegado hasta aquí en la lectura sin ponerme verde en una red social, te invito a marcar todas las atrocidades que encuentres en el texto anterior y por las que esta humilde periodista podría ser cancelada para siempre. O no. Porque mira lo que pasó con Eróstrato, el primer *cancelado* de la historia. En 356 a.C. se le fue la olla y le prendió el fuego al templo de Diana en Éfeso con el objetivo de hacerse famoso y pasar a la historia, así que los griegos decidieron borrarlo de la ídem, prohibiendo so pena de muerte cualquier mención por escrito de su nombre u obra. Como puede comprobarse, no sirvió de nada.

En nuestro tiempo, la chispa que desató el incendio fueron las políticas de identidad, al principio herramientas para visibilizar a las minorías y que han acabado convertidas, opina Caroline Fourest en su ensayo *Generación ofendida*, en «una nueva moral que censura y categoriza». La *Introducción* de su libro arranca con una nostálgica apreciación: «En mayo de 1968 la juventud soñaba con un mundo en el que estuviera 'prohibido prohibir'. Hoy, la nueva generación solo piensa en censurar aquello que la agravia u ofende».

A esa censura *desde abajo*, individuos, instituciones y medios de comunicación responden con autocensura y eufemismos. José Manuel Errasti, profesor del Área de Personalidad, Evaluación y Tratamientos Psicológicos de la Universidad de Oviedo y coautor de *Nadie nace en un cuerpo equivocado* (ed. Deusto), cree que esa autocensura a la que nos sometemos para no equivocarse al opinar «puede ser más dañina que la censura explícita. Si un grupo se siente intimidado para expresar su opinión y otro, por el contrario, se muestra envalentonado para hacerlo, ▶



es fácil entender que la opinión pública irá estando cada vez más sesgada de forma artificial». Vamos a intentar abordar los más peliagudos de los temas proscritos. Sin ofender, si es que ello es posible hoy en día.

Transgenerismo. Si hay un tema por el que te pueden cancelar (que se lo digan a J.K. Rowling) ese es cualquier *disonancia* sobre algún aspecto de lo *trans*. «Todo lo relativo al transgenerismo se ha convertido en un asunto delicadísimo del que la gente teme hablar», dice José Manuel Errasti. ¿Cómo hemos llegado aquí? «Por un lado, la agenda transgenerista ha sabido asociar su causa al tema de las orientaciones sexuales, dando a entender que el tema de las identidades de género –que alguien sea mujer o varón porque se siente así– está unido al tema de la orientación sexual –que a alguien le atraigan personas del otro sexo o del propio–. La gente cree que discrepar respecto a que el sexo se elija o se pueda cambiar a voluntad implica estar en contra de los derechos gays, lésbicos y bisexuales», cuando no es así.

Pero, según Errasti hay un elemento más: la sustitución de la argumentación por la proclama moral. «Si en una discusión clásica uno se arriesgaba a estar equivocado, ahora se arriesga a ser un malvado». Inevitable preguntarse si el propio Errasti no ha sido también atacado por su *disidencia*. «Poca cosa. Tuvimos un par de incidentes que requirieron presencia policial. Uno en Palma de Mallorca, donde el rector se plegó a las amena-

zas de un grupo violento y suspendió nuestra conferencia, y otro en Barcelona, donde la presentación hubo de ser terminada antes de tiempo ¡debido a amenazas de quemar la librería con nosotros dentro!».

Lactancia materna. La periodista Eva Millet está a punto de publicar el libro *Madres mamíferas* (ed. Plataforma), que ella misma describe como «un análisis del movimiento de la crianza natural o *con apego*, cada vez más presente en España». Este movimiento, dice Millet, «se está convirtiendo en hegemónico a nivel mediático –y en especial, en internet– aunque a nivel práctico ya es otra cosa, porque la gran mayoría de madres españolas no pueden permitirse una crianza tan intensiva».

La lactancia entra en ese *pack*. «Por supuesto que es una opción magnífica y saludable y si puedes o quieres dar de mamar, fantástico. El problema es que hoy se ha convertido en el *único* modo aceptable; el biberón, que ha salvado vidas y era una opción respetable y saludable, se ha demonizado». Como se ha demonizado también cualquier idea, opinión

o comentario que sugiera siquiera lejanamente que no aceptamos esa vía como única. «Vivimos una época de tribus, y en la crianza natural la idea de la tribu se idealiza. Pero las tribus pueden ser peligrosas, se corre el riesgo de que en ellas se imponga un pensamiento único», dice. Ella, ¿está preparada para las reacciones *de tribu* que puede recibir su libro? «No lo sé, la verdad, pero si sirve para que al leerlo alguna madre se sienta mejor y opte por vivir la maternidad de un forma más tranquila, habrá valido la pena».

La educación infantil. Defender la educación tradicional, el castigo o el cachete en el culo por liviano que sea, se ha convertido en otro motivo de excomunión. El caso más reciente de tormenta en redes a cuenta de este asunto lo ha protagonizado Tania Llasera (paradójicamente, gran conocedora de la mecánica del conflicto digital ya que es una activa *vigilante* de la gordofobia), quien en unas recientes declaraciones a YO DONA afirmaba: «Yo he crecido a tortazo limpio y no tengo ningún trauma». También decía que «yo también grito a mis hijos, o les cojo del pelo –sin tirar–, porque es imposible ser siempre tu mejor versión». Por supuesto, a continuación la *crucificaron* en las redes.

Peso corporal. La reacción contra la gordofobia ha adquirido tal intensidad que incluso ha empezado a poner en duda lo que se considera evidencia científica. En un artículo publicado en *Athenea Digital* y titulado *Deberías adelgazar, te lo digo porque te quiero*, Nina Navajas, investigadora y profesora de Trabajo Social de la Universidad de Valencia, acusa de alarmista a la OMS y sus advertencias sobre la existencia de una epidemia de obesidad. «Mi argumento es que la guerra contra la obesidad opera en nombre de la salud, pero produce una renuncia significativa al bienestar físico y psicológico en aras de la alcanzar la delgadez», escribe Navajas, quien llega a declarar al periódico *20 Minutos* que «si hay una guerra contra la obesidad hay una guerra contra las personas gordas». (SIGUE EN PÁG. 34) ▶

«SI EN UNA DISCUSIÓN CLÁSICA UNO SE ARRIESGABA A ESTAR EQUIVOCADO, AHORA SE ARRIESGA A SER UN MALVADO»

¿Qué tienen que decir los médicos? La doctora Inka Miñambres, miembro del Área de Obesidad de la Sociedad Española de Endocrinología y Nutrición (SEEN), afirma que «nadie diría que luchar contra el cáncer es luchar contra los pacientes con cáncer, pero en obesidad esto sí que sucede y es una pena». La experta, no obstante, es comprensiva con ese tipo de reacciones que, dice, «surgen como fruto del gran estigma que sufren las personas con obesidad, que han vivido y viven todavía culpabilizadas por su situación tanto a nivel familiar, de amigos, por parte de los profesionales del sistema sanitario e incluso en medios de comunicación o la Administración». En cualquier caso, afirma, «la obesidad es una enfermedad (y hemos luchado mucho para que se reconociera como tal, para que puedan destinarse los recursos necesarios para abordarla)».

Las operaciones de estética. Hace unas semanas, el diseñador Eduardo Navarrete estuvo en el programa *El hormiguero*, donde habló de todas las intervenciones estéticas que se había hecho. Las redes se le echaron encima por lo que consideraron un mal ejemplo para los jóvenes que sufren por su cuerpo, en plena era del *body positive*.

Lo sucedido pone de manifiesto el estigma que afronta hoy la cultura del rejuvenecimiento artificial y las operaciones estéticas (paradojas de la vida, porque ser *imperfecto* también está estigmatizado). La presidenta de la Asociación Murciana de Medicina Estética y gran experta en la materia, Virtudes Ruiz, cree que en estos asuntos «hemos caído en la doble moral y la hipocresía que tanto hemos criticado durante años a otros países. Por un lado todos queremos estar bien y por otro está prohibido decir que es con ayuda, todo tiene que ser *natural*. Eso sí, los seguidores del *body positive* pueden presionar lo que quieran a la opinión pública y que las personas no digan lo que piensan públicamente por miedo, pero eso no va a cambiar la realidad de que la mayoría de los jóvenes quiere *verse bien* (siguiendo las modas), aunque no lo digan e incluso participen en esos linchamientos en redes».

Las palabras molestas: español, cáncer... En los últimos años hemos vivido campañas que pretendían *convencer* a la RAE de que cambiase la definición de palabras *ofensivas* para determinados colectivos, olvidando (o tal vez ignorando) que el de la RAE es un diccionario de uso del lenguaje. Se ha pedido, por ejemplo, que desaparezca la cuarta definición de la palabra cáncer —«proliferación en el seno de un grupo social de situaciones o hechos destructivos»— o

que se modifique la de vejez (por iniciativa de la Universidad Permanente de Cantabria, según la cual «está cargada de menosprecio y prejuicios»).

En el caso de la palabra *español* para referirnos al idioma que hablamos, de un tiempo a esta parte está siendo sistemáticamente sustituida por *castellano*, sobre todo, para no *ofender* a las autonomías donde existe otra lengua oficial y a determinadas nacionalidades hispanoamericanas que no se sienten *cómodas* con un término al que atribuyen un sesgo nacionalista. Lola Pons, historiadora de la lengua y catedrática de la Universidad de Sevilla, autora del ensayo *El español es un mundo* (ed. Arpa), se inclina por el uso de *español* dejando de lado cualquier argumento histórico-político: «Uso *español* para nombrar al idioma; entiendo que la forma de nombrar la lengua es muy personal y oscila entre denominaciones muy extendidas como español o castellano y otras que salen en encuestas demolingüísticas: hay gente que dice hablar peruano o cordobés o toledano. Pero la inteligibilidad mutua refrenda que usemos un nombre común para lo que hablamos unos y otros; entre los dos que son más populares, castellano y español, prefiero español porque representa mejor el enriquecimiento histórico que supuso para el castellano de Castilla salir de su solar de origen. Soy andaluza, y en Andalucía es muy común llamar español a nuestra lengua».

El color de la piel. Si hay una lacra contra la que existe un quorum significado esa es el racismo. Cualquier expresión racista, como las que cada tanto se profieren en algún campo de fútbol, es automáticamente respondida por la sociedad con vehemencia. Ser antirracistas nos ha llevado, sin embargo, a tener auténticos problemas con las palabras que usamos para referirnos a quienes no comparten nuestro color de piel. Y por ser *polite* llegamos a cometer casi el peor de los errores. Llamar a las personas negras *personas de color*.

Luis Magrinyà, autor entre otros de *Estilo rico, estilo pobre* (Debate) cree que en estos casos lo mejor es «dar la palabra a los grupos afectados y llamarlos como ellos prefieran. A mí *afroamericano* me parece una solución limpia, precisa, bastante neutra, sin otras connotaciones que la ascendencia histórica y además propuesta por el grupo. El término *colored* (de color), teniendo en cuenta que era el usado en los estados más segregacionistas del sur de Estados Unidos, yo creo que, pese a su voluntad de eufemismo o por eso mismo, está igualmente marcado y encima con un toque paternalista. Pero claro, afroamericano solo vale para América. Afroespañol no se dice... Seguramente no queda otra que ir precisando, si es necesario, con fórmulas como guineano, nigeriano... o de ascendencia guineana, nigeriana...». ■

«NADIE DIRÍA QUE LUCHAR CONTRA EL CÁNCER ES LUCHAR CONTRA QUIEN LO PADECE, PERO EN OBESIDAD ESTO SÍ SUCEDE Y ES UNA PENA»

